

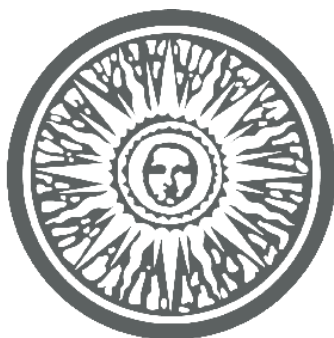




Angela Macker

# EL GATO DEL ALQUIMISTA

EDICIONES

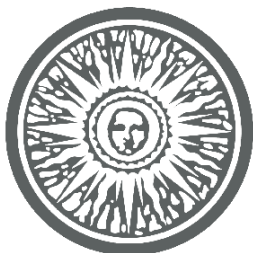


FILACTERIA

Colección

Narrativa

EDICIONES



FILACTERIA

©EL GATO DEL ALQUIMISTA

© Angela Macker

Primera Edición: diciembre 2025

Editor de colección: Rodrigo Peralta

Diagramación: Tatiana Cid

Corrección de estilo: Ediciones Filacteria

R.P.I: 2024-A-11402

ISBN: 978-956-9896-76-7

E-mail: [contacto@edicionesfilacteria.cl](mailto:contacto@edicionesfilacteria.cl)

[www.edicionesfilacteria.cl](http://www.edicionesfilacteria.cl)

[www.facebook.com/Ediciones Filacteria](https://www.facebook.com/EdicionesFilacteria)

[www.instagram.com/edicionesfilacteria/](https://www.instagram.com/edicionesfilacteria/)

Contacto del autor: [angelamacker@gmail.com](mailto:angelamacker@gmail.com)

Ediciones Filacteria SpA /SANTIAGO/ TALCA / CHILE

©2025

# AGRADECIMIENTOS



A Olivia Mortis, cuyo nombre verdadero no revelaré aquí —aunque todos saben que es Daniela García— por apadrinar, o mejor dicho amadrinar, esta historia desde su primer maullido. Madrina literaria, gracias por creer en este libro cuando aún era apenas un conjunto de frases con pretensiones.

A Rodrigo Peralta y Ediciones Filacteria, por confiar en mí y en el ovillo de páginas enredadas que le presenté. Su trabajo, paciencia y oficio de editor fueron simplemente imprescindibles.

Algunos humanos hemos sido gatos en otras vidas, y algo de eso prevalece en nuestros gestos, en nuestros gustos y, sobre todo, en nuestros afectos; a mis amigos y amigas que se leyeron los muchos borradores, tuvieron el coraje de criticarlos, destrozarlos sin piedad y, además, reírse de mí en el proceso. Y también a aquellos que encontraron todo maravilloso, incluso lo ilegible. A esas amistades incondicionales que te aplauden aunque saltes desde un tercer piso sin red: Julia, Sandra, Paulina Erika, Fuad, Luis, Pablo, José, Nicolás y Ricardo. Gracias por estar, por aguantarme y por no dejar de quererme a pesar de ser como soy.

A Tyrion, mi gato, que siempre anda por aquí cerca, acechando los cordones de mis zapatos y mirándome con desprecio cuando uso sandalias.



A mis hijos: Amaru, Mauricio, Nicolás y Felipe.

A mis nietos: Helena y Apolo, y a los nietos que estén por venir...  
que sean muchos, ya habitan en mi corazón.

A mis hermanos: Glady, Arnoldo y Margareth.

Porque todo lo que soy viene de ustedes, con ustedes, por ustedes.  
Macker en el origen y Macker hasta el último rugido, eco, raíz, árbol,  
río, mar y constelación.

Y así es como somos:

Es lo que somos.



I.

De cómo adopté al  
Alquimista



Recién había despertado en una nueva reencarnación y, como siempre, los primeros instantes eran un caos de sensaciones difusas, recuerdos fragmentados y la incómoda certeza de que aún no era completamente yo. Mi mente estaba envuelta en un sopor brumoso, como si emergiera de un sueño demasiado largo y hubiera olvidado, en la transición, detalles esenciales de mi existencia anterior.

El cuerpo, todavía extraño, respondía con torpeza a mis órdenes. Mis patas, que alguna vez recorrieron templos sagrados y palacios dorados, ahora tanteaban tejados desconocidos con la precaución de un recién nacido. Aún no recordaba quién había sido antes, pero eso no me preocupaba demasiado. Las piezas de mis vidas pasadas siempre regresaban, tarde o temprano.

Vagaba, tambaleante, por los techos de una callecita cerrada, dejando que el aroma a madreSelva y jazmín despertara mis instintos dormidos. Las casas eran pequeñas, pero acogedoras, con balcones llenos de macetas desbordantes de flores, como si intentaran domesticar la naturaleza dentro de sus límites de piedra y madera. En las tardes, el sol del mediodía convertía los tejados en oasis cálidos, perfectos para estirarse y dejar que la memoria volviera por sí sola.

Porque así era siempre. En cada reencarnación, bastaba con encontrar un rayo de sol, cerrar los ojos y dejarme envolver por su calor. Entonces, poco a poco, los recuerdos fluían como un río, reconstruyendo la identidad que había perdido en la transición.

Pero esa vez fue diferente. Había algo que no encajaba. Un retazo de olvido persistente, una pieza faltante en el rompecabezas de mi conciencia. Y aún no sabía qué era.

Desde lo alto, con los ojos entrecerrados, lo vi. Al principio, no parecía alguien digno de mi atención. Un humano flacucho y distraído deambulaba por la calle, con la expresión ausente de quienes viven más en su cabeza que en el mundo real. Sus pasos eran erráticos, como si sus pies lo llevaran en una dirección, pero su mente estuviera en otra parte. Era un desgarbado sin brújula, un alma perdida en su propio laberinto de pensamientos. No se percató de mi presencia, pero yo lo observé con la paciencia de los de mi especie. Lo examiné con esa mirada aguda que solo los gatos dominamos, la que separa lo irrelevante de lo interesante en cuestión de segundos; y algo en él me hizo detenerme.

No era su apariencia insignificante ni su andar descuidado. Era una sensación, un susurro en mi memoria, un eco de algo que no lograba recordar. Un *déjà vu* de otra vida. Mis bigotes vibraron con un escalofrío leve. Algo en ese humano despertaba en mí la sospecha de que no era la primera vez que nuestros caminos se cruzaban.

El joven alquimista de aquel tiempo parecía no habitar del todo en este plano real. Caminaba con ese aire de los que buscan algo sin saber qué, como si el mundo a su alrededor fuera solo una distracción pasajera frente a la verdadera tormenta que se gestaba en su mente. Pobre diablo. Nadie lo tomaba en serio. Era el tipo de humano que genera incomodidad en los demás, no porque sea peligroso, sino porque su mera existencia insinúa que el mundo es más grande de lo que la mayoría quiere admitir. Un hombre que camina con la mirada en el horizonte es un hombre que incomoda a quienes nunca han levantado la vista del suelo. Deambulaba, como yo, sin rumbo ni propósito, aunque por razones distintas.

Yo vagaba impulsado por el tedio de una existencia repetida demasiadas veces, la fatiga de mil vidas cuyo final ya conocía antes de siquiera comenzarlas. Él, en cambio, caminaba cargando algo más pesado: el peso de un alma inconforme. Una mente que se negaba a rendirse ante el sedentarismo del pensamiento común. Y eso, aunque él no lo supiera, lo hacía diferente. Sin embargo, yo ya lo había visto antes. No a él exactamente, pero sí a lo que representaba.

Los humanos creen que cada historia comienza desde cero, que cada encuentro es una coincidencia y cada camino es nuevo. Pero yo, que he vivido más vidas de las que la mayoría puede imaginar, sé que todo es parte de un ciclo. Que cada destino, cada rostro y cada lección ya han sucedido, en otro tiempo, en otro lugar.

Recordaba una de esas vidas con especial claridad. No todas mis reencarnaciones dejaban una marca duradera, pero aquella fue distinta. Y fue en esa vida donde aprendí a leer los signos del destino. Mi humano de ese tiempo no era un hombre común; siempre he elegido a mis mascotas con sumo cuidado. Era 1830; en ese tiempo, recién tendría 20 años. Se llamaba Éliphas Lévi, escritor, mago y ocultista. *Prrr... Miau...* y si los humanos entendieran algo sobre la rueda del destino, sabrían que fue él quien le dio al Tarot su verdadero significado. Antes de él, las cartas eran solo un juego, figuras sin profundidad, usadas por manos ignorantes para distracción y fortuna barata. Pero Lévi vio más allá. Yo, por supuesto, también.

En esa vida fui un gato negro, esbelto, de pelaje aterciopelado y ojos ámbar como brasas encendidas. Vivíamos en París, en un estudio pequeño pero repleto de libros, pergaminos y velas gastadas que dejaban la cera chorreando como lágrimas petrificadas sobre la mesa. El aire olía a incienso, a papel viejo y a misterio. Y en las noches, cuando la ciudad dormía, nosotros desentrañábamos el destino.

Lévi hablaba solo mientras estudiaba, y yo escuchaba con la atención de un sabio en las sombras. Movía las cartas con la destreza

de un ilusionista, y con cada giro, con cada arcano revelado, sus labios pronunciaban secretos que no estaban destinados a los simples mortales.

—*El Loco* —murmuraba, deslizando la carta sobre la mesa—, es el principio y el final. El que no sabe a dónde va, pero llega exactamente a donde debe estar.

Yo, en mi eterna elegancia felina, me estiraba sobre la mesa y posaba mi pata sobre la carta, interrumpiendo su explicación. Lévi suspiraba, apartándose con una caricia distraída.

—Sí, sí, lo sé, mi pequeño demonio. Tú crees que todo ya está escrito.

Y no se equivocaba. Los humanos se obsesionan con el libre albedrío, con la idea de que cada elección es suya y solo suya. Pero los gatos sabemos mejor. Las vidas se entrelazan con la precisión de un tejido invisible, cada hilo jalando al siguiente, cada encuentro marcado antes de que siquiera suceda.

Éliphas pasó años intentando comprender el Tarot en su esencia más pura. Para él, no era solo un arte de adivinación, sino un lenguaje perdido, una estructura secreta que sostenía la realidad misma.

—*El Mago* —decía, con los ojos brillando de fervor—, es aquel que comprende las leyes de la naturaleza y las dobla a su voluntad. No busca riquezas, solo conocimiento. No sigue el camino trazado. Lo crea.

A esa carta, yo sí le prestaba atención; porque si había algo que entendía mejor que cualquier humano, era que la verdadera transmutación no era del plomo al oro, sino de la mente al poder.

Pasé años a su lado, estudiando, aprendiendo. Y aunque él creía que me hablaba como a un simple gato, yo escuchaba con la paciencia de quien sabe que lo que no se entiende en una vida, se comprenderá en la siguiente.

Cuando Lévi murió, lo acompañé desde la sombra de la habitación. Sabía que su tiempo había terminado, y también el mío en ese cuerpo. Pero cuando cerró los ojos por última vez, supe que su conocimiento no se perdería del todo, porque yo me lo llevaría conmigo.

Ahora, en esta nueva vida, cada vez que veo las cartas desplegadas, cada vez que una figura se alza en la mesa, la memoria de esa reencarnación regresa. No con claridad absoluta, no como una historia lineal; regresa como un eco lejano, como un susurro en la niebla. Por eso, cuando vi al Alquimista por primera vez, mi instinto me dijo: “Quién era”. Entonces supe que era *El Loco*. Lo estudié con paciencia, porque también sabía que si tomaba los caminos correctos, si hacía las elecciones adecuadas, un día se convertiría en *El Mago*.

Durante días lo observé, midiendo la distancia entre su mundo y el mío. Los gatos sabemos que la confianza no es algo que se entrega a la ligera. Es un tejido delicado, construido con paciencia, prueba tras prueba, hasta que cada

hilo se entrelaza con suficiente fuerza como para sostener algo real. Así que no tenía prisa. Me fui acercando un poco a la vez, como quien tantea el filo de una espada antes de decidir si es digna de ser blandida. Al principio, me echaba de las macetas del balcón con manotazos torpes, acompañado de palabras humanas que, aunque incomprensibles en su forma, eran bastante claras en su intención: “¡Fuera, gato!”. Pero había algo en su voz, en su modo de mover las manos, que me hizo quedarme. No había odio en su gesto, ni verdadera irritación, solo la costumbre humana de imponer límites innecesarios. Pobres criaturas, no entienden que un gato nunca está fuera de lugar.

Seguí poniéndolo a prueba. Volvía cada día, dejaba mis huellas en su ventana, en su mesa, en su mundo; y él, poco a poco, fue acostumbrándose a mi presencia, como la roca acepta la erosión del mar sin darse cuenta.

Hasta que, una tarde, ocurrió lo inesperado. Sin aviso, sin siquiera mirarme, partió su sándwich en dos y dejó un trozo a mi alcance. Era de atún. *Prr... prr...* mi favorito. Tal vez no era tan insalvable después de todo. Y así, fui domesticándolo.

Los humanos nunca entienden la verdadera naturaleza de las cosas. Viven convencidos de que son ellos quienes toman las decisiones, quienes trazan los caminos y determinan los lazos. Creen que los gatos somos sus mascotas, como si tal cosa fuera posible. ¿Cómo explicarles lo obvio? No valía la pena intentarlo. Era mejor dejarlos en su engaño, en esa creencia infantil de que son ellos quienes deciden a quién amar, a quién acoger en sus vidas. No saben que somos nosotros quienes los elegimos, que es nuestra presencia la que otorga significado a sus espacios, nuestra aceptación la que los vuelve dignos de compartir un hogar con nosotros.

Pero yo, con la paciencia de mis muchas vidas, lo dejé creer que era él quien me aceptaba en su mundo. Porque así funcionan las cosas con los humanos. Necesitan convencerse de que llevan las riendas, que el destino no se les impone, sino que lo eligen. Y si eso los hace sentir cómodos, si ese engaño les da paz, ¿quién soy yo para quitarles la ilusión? Después de todo, lo importante no era quién había adoptado a quién. Lo importante era que, sin saberlo aún, nuestros destinos estaban unidos.

Ese loco que me recordaba la carta sin número, errante y despreocupado, habría terminado convertido en *El ermitaño*. Lo veía con claridad. Un solitario taciturno, consumido por sus propias ideas, atrapado en el laberinto de su mente sin encontrar jamás una salida. Sus días habrían sido una letanía de pergaminos polvorientos, fórmulas que solo él entendía, teorías enredadas como los hilos de una tela de araña demasiado densa para deshacerse de ella. Afuera, el mundo seguiría girando, indiferente a su existencia. Los humanos hablarían de él en susurros, como se habla de aquellos que se han perdido en pensamientos

demasiado altos para que los alcance la luz del sol. Lo imaginarían en una torre llena de frascos y manuscritos, con los ojos fijos en ecuaciones que nunca resolvería del todo, con los labios murmurando verdades que nadie escucharía. Un hombre aferrado a su candil, esperando a un discípulo que nunca llegaría, repitiéndose a sí mismo que su sabiduría era un tesoro incomprendido. Y habría muerto así. Olvidado. Invisible. Un genio sin testigos, un fuego que ardió en la sombra sin que nadie viera su luz. Pero, por suerte para él, fui yo quien lo encontró.

Yo, que he caminado entre faraones, que he dormido sobre los mapas de conquistadores y he sido testigo de los susurros de grandes estrategas. Yo, que he visto nacer y caer imperios, que he sido venerado como un dios y perseguido como un demonio. Ahora, había elegido a un simple estudiante de química. Fui yo quien lo ancló al presente, quien lo sacó de su ensimismamiento y le enseñó a mirar más allá de sus propias sombras. Sin mí, su destino habría sido un cuarto lleno de pergaminos polvorientos y sueños de grandeza marchitos, sus ideas reducidas a polvo antes de que pudieran cambiar algo en el mundo.

*Prr... miau...* qué desperdicio habría sido dejarlo a su suerte; y él, aunque nunca lo admitiría, me necesitaba. Y yo, en mi infinita generosidad, decidí otorgarle la más alta de las distinciones: mi atención. Podía haberlo ignorado, como tantos otros humanos grises que cruzaron mi camino a lo largo de las eras. Podía haber seguido con mi existencia sin concederle siquiera un pestañeo. Pero algo en él captó mi interés, un matiz casi imperceptible que diferenciaba a los soñadores fracasados de aquellos que realmente estaban dispuestos a arder por su propósito. Así que le concedí el honor de acariciar mi hermoso pelaje de flamas naranjas, un privilegio reservado solo para aquellos que han demostrado cierta aptitud para la grandeza. También acepté sus ofrendas de alimento, con la actitud magnánima de un monarca que reconoce el esfuerzo de su súbdito. Y en ese acto de aceptación, supe que algo estaba cambiando.

Poco a poco, empecé a sentir simpatía por este flacucho melancólico. No era brillante ni excepcional, pero tenía algo; una obstinada perseverancia, una testarudez casi felina y una chispa de ambición que resultaba casi entrañable; tal vez, después de todo, valía la pena mantenerlo cerca.

Durante varios días, cada mañana, el Alquimista cumplía con su deber y me traía sus ofrendas. Era un ritual que ya se había instaurado entre nosotros sin necesidad de acuerdos verbales. Él dejaba el trozo de alimento en el mismo lugar, con la naturalidad de quien paga un tributo, y yo lo tomaba con la dignidad de quien acepta lo que le corresponde por derecho. Pero el tributo no solo era de pan y pescado. También era de tiempo, de compañía, de palabras. Porque junto a la comida, el Alquimista también me ofrecía algo que los humanos valoran incluso más que el oro: su atención.

A cambio, le concedía mi compañía. Y teníamos largas conversaciones, de esas de gato a hombre. Él, torpe e insistente, hablaba en una de las muchas lenguas humanas, con esa necesidad tan suya de llenar el aire de palabras, de vestir sus pensamientos con sonidos para que existieran. Los humanos parecen creer que si no lo dicen en voz alta, no es real.

Yo, en cambio, le respondía en el único lenguaje que importa: el lenguaje gatuno. Un parpadeo lento, una cola que se mueve con estudiada indiferencia, un giro elegante de orejas; pequeñas señales que contenían más significado que mil palabras, pero que, por supuesto, él solo comprendía en la superficie. Lo miraba de reojo, siempre con la nariz en alto, permitiéndole interpretar lo que quisiera. Porque ese era el juego. Y, aunque aún no lo sabía, él ya estaba atrapado en él.

Debo admitir que estaba acostumbrado a estos gestos. En mis otras reencarnaciones, grandes señores y reyes me habían ofrecido lechos de seda y oro, emperadores habían inclinado la cabeza en mi presencia y grandes conquistadores habían detenido sus campañas para asegurarse de que mi descanso no fuera interrumpido. En aquellos tiempos, se entendía bien que los gatos no eran simples animales, sino entidades divinas, guardianes de secretos antiguos, testigos silenciosos de la historia. ¡*Ab!*, qué tiempos aquellos.

Este nuevo humano, por supuesto, estaba lejos del esplendor de mis antiguos servidores. No tenía joyas para colgarme al cuello ni templos donde se me rindiera culto. Sus manos olían a tinta y pergaminos en lugar de incienso, y su morada carecía de la magnificencia de los palacios en los que alguna vez reposé. Y, sin embargo, algo en él me hizo quedarme. Al menos entendía el principio básico: rendir tributo.

Algunas veces, cuando su devoción era particularmente meritoria, le ofrecía el más alto signo de aprobación felina: un ronquido suave, apenas audible, un eco de satisfacción que los humanos, en su ignorancia, insisten en llamar ronroneo. Y cuando lo hacía, podía ver en su rostro ese brillo particular, esa chispa de triunfo absurdo, como si en ese instante creyera que había ganado mi afecto, *prrr... truu... miiii...* pobrecillo. No sabía que yo solo concedía lo que ya me pertenecía. El Alquimista era, ante todo, un soñador. Un obsesivo de la ciencia, un devoto de los misterios del universo, un buscador incansable de respuestas que solo parecían tener sentido en su mente febril.

Los había visto antes. Hombres y mujeres de distintas épocas, con la misma mirada inquieta, con los dedos siempre manchados de tinta o polvo de laboratorio, con los pensamientos arremolinándose en sus cabezas como tormentas atrapadas en una botella. Algunos lograron trascender, otros se perdieron en sus propias elucubraciones, devorados por su sed insaciable de conocimiento.

Al principio, lo miré con la misma indiferencia que a cualquier otro humano. Porque, en el fondo, ¿qué podía tener de especial? Flaco, distraído, con el cabello siempre revuelto como si el viento de sus pensamientos nunca dejara de soplar. Pasaba noches enteras en vela, garabateando fórmulas en pergaminos arrugados, murmurando teorías que para la mayoría habrían sonado como delirios de un loco. Pero algo en su persistencia captó mi atención. No era el típico humano predecible y aburrido. Había en él una pasión insólita, una entrega casi felina a sus estudios. No buscaba conocimiento por simple curiosidad, ni por ambición de gloria. Su hambre era distinta. Más profunda. Más peligrosa.

Y fue en ese detalle donde me vi reflejado, *miau... prrr...* porque yo también había pasado vidas enteras persiguiendo respuestas, adentrándome en los rincones oscuros del tiempo, analizando cómo las eras se desmoronaban y renacían. Yo también conocía esa sensación de no poder detenerse, de no poder conformarse con la simple existencia.

Así, sin darme cuenta, de a poco, el Alquimista se fue ganando primero mi atención, luego mi respeto y al final mi aprecio.

Pocas veces, en la vasta historia de los gatos, ocurre un lazo tan singular que eleve a un hombre a nuestro nivel y lo convierta en algo más que un simple servidor. Una amistad verdadera entre un gato y un humano es un fenómeno raro, casi antinatural, considerando las torpezas, debilidades e imperfecciones de esas rústicas criaturas. Sin embargo, allí estaba yo, allí estaba él. Desafiando toda lógica.

Fue en una mañana de primavera cuando lo vi en su estado más vulnerable. La luz entraba por la ventana en haces dorados, iluminando el caos habitual de su habitación: pergaminos arrugados sobre la mesa, frascos de vidrio con sustancias misteriosas, libros abiertos en páginas aleatorias, como si hubiera caído dormido en medio de un pensamiento.

Pero él no estaba dormido. Había llegado con paso tambaleante, con la ropa arrugada y el cabello aún más revuelto de lo normal. Sus ojos, vidriosos por el alcohol, reflejaban un cansancio más profundo que la simple resaca. Me quedé observándolo desde mi sitio en la repisa, con paciencia felina ancestral y contemplando la misma historia repetirse en distintos cuerpos, en distintas eras. La decadencia de los hombres de genio tiene un ritmo predecible: brillan demasiado y se consumen rápido.

Pero esta vez, algo fue diferente. No hubo teatro en su voz cuando habló. No hubo filtros ni pretensiones; simplemente, me miró y dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes qué es lo que realmente quiero? —preguntó, sin esperar respuesta.

Y entonces, sin darse cuenta, me abrió su alma. Habló de su sueño más íntimo, de la meta que lo desvelaba noche tras noche.

Al principio, me pareció una obviedad. ¿Acaso no todos los humanos sueñan con convertir el hierro en oro? Con alcanzar la inmortalidad, con desafiar las leyes del universo como si fueran dioses. Una ambición trillada, torpe, como casi todo lo que anhelan.

Pero no fue el sueño en sí lo que captó mi atención. Fue la manera en que lo decía. Su voz no tenía la arrogancia de los alquimistas comunes, esos que creen que el mundo les debe su grandeza. No era la voz de un hombre que simplemente quería poder. Era la voz de alguien que estaba dispuesto a desgarrarse por una idea. Había fiebre en sus palabras, una pasión desbordante, una incapacidad absoluta para aceptar los límites impuestos por su propia existencia. No quería oro. No le importaban las riquezas. Lo que deseaba era más abstracto y, por lo tanto, más peligroso: fama, reconocimiento, demostrar que la ciencia podía hacerlo todo. Y en ese momento, comprendí algo. No era el oro lo que le obsesionaba. Era la transmutación en sí. El deseo de convertir lo imposible en realidad. Y eso, aunque él no lo supiera, nos hacía iguales.

—¡La ciencia es hermosa! —exclamó el Alquimista, con convicción y mirando hacia el infinito.

Su voz no titubeó. No era una afirmación al aire, ni una frase arrojada en un arrebato de orgullo. Era una certeza. Pese al alcohol nublando su juicio, pese a la fatiga pintada en su rostro, su convicción era firme.

Me quedé analizándolo, con la cola enroscada sobre mis patas, evaluándolo con la precisión de un juez invisible: No eran palabras vacías.

Los humanos dicen muchas cosas cuando han bebido demasiado: juran amores que olvidarán en la mañana, prometen hazañas que jamás realizarán, se convencen de grandezas que solo existen en sus sueños. Pero este humano no estaba divagando. Él realmente creía lo que decía. Y en su mente, el mundo entero era un acertijo esperando ser resuelto. Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más, y soltó una risa breve, más para sí mismo que para mí.

—Soy descendiente de Nicolas Flamel —murmuró de pronto, con una media sonrisa embriagada. El gran alquimista que convirtió el plomo en oro, que burló a la muerte.

*Ab. Miau...* ¡Así que de ahí venía todo! Me quedé mirándolo, intrigado.

¿Era cierto o solo la arrogancia ética hablando? Los humanos tienen una tendencia absurda a creerse especiales, a inventar linajes gloriosos cuando su presente no brilla lo suficiente. ¿Cuántos no se han llamado descendientes de reyes, de héroes, de mentes brillantes, como si un apellido heredado les otorgara grandeza?

—Sí... te llamaré Flamel —dijo entonces, ladeando la cabeza, como si la idea le hubiera caído del cielo.

Lo miré un momento, luego entrecerré los ojos y dejé escapar un bufido bajo.

—*Giss... prr...* —De verdad que estás muy ebrio, muchacho.

Pero, en el fondo, la idea no me desagradaba. Si ese era el nombre que él me daba, si quería creer que yo encarnaba el espíritu de aquel alquimista legendario, ¿por qué no dejarlo? Después de todo, quién mejor que yo para llevar el nombre de un inmortal.

Durante un breve instante, frente a frente, sostuve la mirada, y a través de sus ojos lo vi. No solo al humano tambaleante frente a mí, con su olor a vino y su ropa impregnada de la noche, sino lo que podía llegar a ser. No vi a un mero alquimista obsesionado con la transmutación, ni a un soñador atrapado en el laberinto de su propia mente. Vi fuego. Vi una voluntad que se negaba a ser contenida, un impulso que no aceptaba límites. Era un hombre, sí. Pero también era otra cosa. Una chispa en medio de la oscuridad. Un eco de aquellos que, en otras eras, habían mirado al cielo y desafiado a los dioses. Sostuve la mirada un poco más, evaluándolo. La mayoría de los humanos no soporta la mirada de un gato por mucho tiempo. Hay algo en nuestra forma de mirarlos que los inquieta, que los hace sentir expuestos, como si viéramos dentro de ellos con una claridad que ellos mismos no poseen.

Pero él no apartó la vista. No se encogió, no desvió la mirada, no trató de llenar el silencio con palabras innecesarias. Simplemente me sostuvo el desafío. Y en ese momento, lo supe; con esa certeza instintiva que solo los gatos poseemos. Comprendí que no era como los demás; que no era un alma cualquiera, arrastrada por la corriente del tiempo sin dejar huella. Estaba ante mí ese humano especial. El único de toda su generación con la capacidad de trascender su miserable condición: *El Mago*. Y la idea me hizo gracia.

Los humanos llevan siglos obsesionados con la transmutación de los metales, con la quimera de convertir el plomo en oro, con la búsqueda ciega de la riqueza material como si eso fuera el mayor milagro al que pudieran aspirar. Pobres criaturas limitadas. No comprenden que el verdadero poder no está en la piedra filosofal, ni en los metales preciosos, ni en los elixires de inmortalidad que persiguen con tanto ahínco. No. El milagro más grande no es convertir el plomo en oro. Es convertir a un hombre en algo más que un hombre. Y yo, que he vivido muchas vidas, que he visto imperios nacer y caer, entendí lo que este humano aún no sabía. Que la transmutación más grande no era la de la materia; era la del espíritu. Y así, me imaginé a mí mismo no como un simple testigo de su historia, sino como su arquitecto. Un verdadero alquimista. El único capaz de llevar a

cabo la más ambiciosa de las transformaciones. Convertir a ese loco flacucho en un gran y poderoso mago. Y si alguien en este mundo podía lograrlo, ¡era yo!

Fue un desafío mayúsculo. Un experimento de paciencia, estrategia y manipulación sutil. Los humanos son obstinados, tercos hasta la estupidez, y este no era la excepción. No se deja domar con facilidad una mente inquieta; no se moldea sin resistencia un espíritu que se niega a rendirse.

Hubo días en que pensé que su terquedad era su mayor obstáculo. Hubo noches en que creí que nunca aprendería. Pero, como todo alquimista sabe, la transmutación no ocurre de un día para otro. El fuego debe arder, el metal debe fundirse, las impurezas deben ser separadas con paciencia hasta que, al final, queda solo lo esencial.

El Alquimista, después de mucho esfuerzo, surgió de la nada. Fue moldeado por su ambición, por sus fracasos, por el peso de sus propios sueños y también, por mí. No lo admitiría jamás, por supuesto. Pero yo sé la verdad. Él no se convirtió en el Alquimista por su propia voluntad. Porque yo, en mi magnánima voluntad, decidí que así fuera.

*Prrr... miau...* Nada como la limpieza para reflexionar sobre mis logros. Se me antoja un baño de lengua, algo digno de un emperador tras una gran victoria. Pero antes, *prrr... miau...* hay un asunto pendiente. Los pichones del balcón han tomado demasiadas libertades últimamente y es hora de recordarles quién manda aquí.